

SELECCIÓN DE DICTADOS A MARÍA VALTORTA ACERCA DEL MATRIMONIO VERDAERAMENTE CRISTIANO

La presente edición en idioma español ha sido autorizada por el "Centro Editoriale Valtortiano", Isola de Liri Italia; quien se reserva todos los derechos.

Cuidado de la edición:
Dr. Salvador Thomassiny F.
Tel. 5577-3305
México D.F.
1ª Edición, Febrero de 1990

Tomado de: "LOS CUADERNOS DE MARIA VALTORTA."

Septiembre 25, 1943

Dice Jesús:

"Hablarte a ti, que eres célibe, de este tema, puede asombrarte, pero tú no eres sino la portavoz, y por eso debes sujetarte a transmitir cualquier cosa. Lo que ahora te digo sirve para los demás, sirve para corregir uno y más errores, siempre mayormente enraizados en el mundo.

El mundo se divide en dos categorías: la primera, que es vastísima, es la de los sin escrúpulos de ninguna clase, ni humanos ni espirituales. La segunda es la de los temerosos de Dios, la cual a su vez se subdivide en dos clases: la de los justamente temerosos de Dios, y la de los poco temerosos. Hablo a la primera gran categoría y a la segunda clase de la segunda categoría:

El matrimonio no está reprobado por Dios, tanto que Yo hice de él un sacramento. Y aquí no hablo del matrimonio como sacramento, sino del matrimonio como unión, tal como Dios creador lo hizo creando hombre y mujer para que se unieran formando una sola carne, que una vez unida, ningún poder humano puede separar, ni debe separar..

Yo, viendo la dureza de vuestro corazón, siempre más dura, cambié el precepto de Moisés, sustituyéndolo con el sacramento. La finalidad de esta acción mía era el dar una ayuda a vuestra alma de cónyuges contra vuestra carnalidad de animales, y un freno contra vuestra ilícita facilidad de repudiar lo que primero habéis elegido, para pasar a nuevas uniones ilícitas, con ruina de vuestras almas y de las almas de vuestras criaturas.

Se equivocan tanto aquellos que se escandalizan de una ley creada por Dios para perpetuar el milagro de la Creación -y éstos, generalmente no son los más castos, sino los más hipócritas, porque los castos no ven en la unión sino la santidad de la finalidad, mientras los demás piensan sólo en la materialidad del acto- como aquellos que con culpable ligereza, creen poder infringir impunemente mi prohibición de pasar a nuevos amores cuando el primero no ha sido disuelto por la muerte.

¡Adúltero y maldito es aquel que por capricho de carne o por intolerancia moral rompe una unión primero querida! Porque si él o ella dicen que el cónyuge es ahora para ellos causa de peso o repugnancia, Yo digo que Dios ha dado al hombre inteligencia y reflexión para que las use, y tanto más en casos de tan grave importancia como lo es la formación de una nueva familia. Y también digo que si en un anterior tiempo se erró por ligereza o por cálculo, es necesario después soportar las consecuencias para no crear mayores desgracias, las que recaen especialmente sobre el cónyuge más bueno y sobre los inocentes, quienes son llevados a sufrir más de lo que la vida ya incluye, y a juzgar a aquellos a quienes Yo hice injuzgables por precepto: el padre y la madre. Y finalmente digo que la virtud del sacramento, si fuereis cristianos verdaderos y no los bastardos que sois, debería actuar en vosotros, cónyuges, para hacer de vosotros una sola alma que se ama en una sola carne, y no dos bestias que se odian, atadas a los extremos de una misma cadena.

¡Adúltero y maldito es aquel que con obsceno fingimiento tiene dos, o más vidas conyugales y entra de nuevo a casa junto a su cónyuge y junto a los inocentes con la fiebre del pecado en la sangre, y el olor del vicio en sus labios mentirosos!

Nada os hace lícito ser adúlteros, ¡NADA! Ni el abandono o la enfermedad del cónyuge, y mucho menos su carácter más o menos odioso. La mayoría de las veces es vuestro ser lujuriosos lo que os hace ver odioso al esposo o a la esposa. Y lo queréis ver

tal para justificaros a vosotros mismos vuestro vergonzoso obrar, y que vuestra misma conciencia os reprocha.

Yo he dicho, y no cambio mi decir, que es adúltero no sólo quien consuma el adulterio, sino quien desea en su corazón consumarlo, porque mira con el hambre del instinto a la mujer o al hombre no suyo.

He dicho, y no cambio mi decir, que es adúltero quien con su modo de obrar pone en la condición de ser, a su vez, adúltero al otro cónyuge. Dos veces adúltero..., responderá por su alma perdida y por la de quien, con su indiferencia, descuido, traición e infidelidad, llevó a perderse.

A todos éstos la maldición de Dios les cae..., ¡y no creáis que este es un simple modo de hablar!

El mundo se derrumba en ruinas porque primero se han arruinado las familias. El río de sangre que ahora os sumerge, tiene sus diques destruidos por vuestros vicios, vicios que han empujado a vuestros gobernantes, más o menos grandes, -desde jefes de estado hasta dirigentes de países-, a ser ladrones y prepotentes con tal de tener dinero y honores para sus libidines. Ved la historia del mundo, está llena de estos ejemplos. La lujuria está siempre en la triple combinación que provoca vuestra ruina. Estados enteros que fueron destruidos, naciones que fueron arrancadas del seno de la Iglesia, divisiones seculares llevadas a cabo para escándalo y tormento de razas enteras..., y todo por el hambre de carne de los gobernantes. Y es lógico que así sea, la lujuria extingue la Luz del espíritu y mata la Gracia. ¡Sin Gracia y sin Luz ustedes no se diferencian de los brutos, y hacéis por eso acciones de brutos!

Hacedlo así, si así os place. Pero recordad, oh viciosos que profanáis vuestra casa y los corazones de vuestros hijos con vuestro pecar, que Yo veo y recuerdo, y os espero. En la mirada de vuestro Dios, que ama a los niños, y que para ellos creó la familia, veréis una luz que no querréis ver y que os fulminará!”

+ + +

Septiembre 26, 1943

Dice Jesús:

“¿Habéis leído en mi Evangelio el envilecimiento del hijo pródigo que dilapidó en los vicios las riquezas recibidas de su padre y se redujo a cuidador de puercos? ¿Y pensáis que esto sea lo máximo de la abyección? En verdad os digo, que si se os concediera subir ante mi presencia con vuestro cuerpo y vuestros vestidos, y uno de vosotros subiese, por la muerte que lo lleva, con sus vestidos más sucios que los de un cuidador de puercos que hubiera caído muerto en medio del establo cubierto de estiércol, no daría tanto asco a los habitantes de mi Reino y no suscitaría mi indignación como la suscita el aparecer del alma de un apestado por los vicios carnales.

El primero tendría una suciedad que perece y que no es juzgada con rigor; fruto de su penoso trabajo, atrae más bien sobre el honesto pastor, la bendición divina. El segundo tiene una suciedad que no perece: lepra del alma, a la que ha cubierto de gangrenas fétidas que la han corroído sin límite en el tiempo. Por los siglos de los siglos el vicioso impenitente tiene su alma digna de Satanás.

Y cuando digo ‘vicioso’ no aludo sólo a ciertas formas de vicio que vosotros mismos las juzgáis tales; y las juzgáis tales y lo mismo las practicáis, porque sois unos necios que no sabéis reaccionar ante los estímulos del mal. No tenéis en vosotros mi Fe, pues si la tuvierais venceríais la carne. Pero no la tenéis y el instinto predomina sobre el alma.

Cuando digo 'vicioso' me refiero también a vuestros ocultos pecados del sentido, por los cuales hacéis del matrimonio una prostitución y destruís la razón para la que fue creado.

Dios no hizo hombre y mujer para que llegaran al cansancio y a la náusea en sus vicios. Los hizo para una altísima razón. Cuando dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y démosle una ayuda para que no esté solo." Con su divino pensamiento quiso hacer sobreentender que además de la parte espiritual e intelectual que os hace semejantes a Dios, fuerais también semejantes a El en crear otras vidas, pero, ¿pensáis que sublime semejanza os ha dado Dios? La de crear otras criaturas. Creadores vosotros también, oh hombres y mujeres que os casáis, creadores de hombres... como Dios Eterno.

Pues bien, ¿vosotros qué habéis hecho de tal misión? Clamáis contra la culpa de Eva vosotras, mujeres, cuando sufrís; maldecís la culpa de Adán vosotros hombres, cuando os fatigáis, pero, ¿qué no está acaso la serpiente aún entre vosotros, en el interior de vuestras casas, y no os enseña con su adulator y baboso abrazo y susurro la inmoralidad que os hace repudiadores de vuestra misión creativa? ¿Y no es vicio éste de arrojarle al instinto hasta la náusea y negarse a la paternidad y a la maternidad?

¡Sed continentes si teméis no tener vestidos y alimentos para los que vendrían! ¡La castidad no es exclusiva de los vírgenes!

La virginidad es la superesencia de la castidad y está depositada en el corazón de los elegidos a seguir al Cordero y a hablar un lenguaje sólo a ellos concedido. Pero si el candor de los vírgenes se tiñe con los fulgores que emanan el Verbo de Dios y la Purísima Madre del Verbo, la estola de los cónyuges santos que supieron ser castos se tiñe con la luz que emana del más casto, mi padre putativo, que es el ejemplo de todas las virtudes conyugales.

Sed castos, tanto en el interior de vuestras casas como fuera de ellas. Pensad que nada está oculto a Dios. Dejad a los hijos de Satanás ciertos delitos ocultos..., no seáis inferiores a los brutos, que comprenden la belleza del procrear y saben imponer un freno cuando la estación adversa negaría alimento a sus pequeños. Amáros y amadme pensando no en el pequeño día de acá abajo, sino en el día eterno, y haced que éste sea para vosotros de Luz plena.

Benditos desde ahora, oh cónyuges que sabéis ser santos y vivir en mi ley. En torno a vuestro hogar están los ángeles y no rehusan vigilar vuestros descansos, pues nada de vosotros ofende a estos luminosos espíritus que ven mi rostro, pero que, beatos en su luz, no pueden mirar lo que está en absoluta antítesis con la Luz.

¡Y vosotros cónyuges, que no sois así, volved al camino recto! No es negando a una vida surgir como aumentarán vuestras riquezas, no, ellas, como por una criba sin fondo, huirán en mil ríos, porque otros vicios y pecados asaltarán vuestros haberes...! Y seréis pobres en el mundo y en el Cielo por culpa vuestra! Recordad mis mandamientos y mis palabras: ¡A quien vive en Dios, Dios provee!"

+ + +

Octubre 21, 1943

Dice Jesús:

“...Amad primeramente a aquellos que, por haberos engendrado son los segundos creadores de vuestro ser en la tierra. El Creador Supremo es el Señor Dios, quien forma vuestras almas y dueño como es de la vida y de la muerte permite vuestro venir a la vida. Y creadores segundos son aquellos que de dos carnes y de dos sangres hacen una nueva carne, un nuevo hijo de Dios, un nuevo futuro habitante de los Cielos, porque es para los Cielos para lo que habéis sido creados; porque es para los Cielos para lo que debéis vivir en la tierra.

¡Oh, la sublime dignidad del padre y de la madre! Episcopado santo -lo digo con palabra atrevida pero verdadera- que consagra un nuevo siervo a Dios con el crisma de una amor conyugal, lo lava con el llanto de la madre, lo viste con el trabajo del padre, lo hace portador de la luz infundiendo el conocimiento de Dios en sus pequeñas mentes y el amor de Dios en sus corazones inocentes. En verdad os digo que poco inferiores a Dios son los padres sólo por el hecho de crear un nuevo Adán; y que además, cuando los padres saben hacer del nuevo Adán un nuevo pequeño Cristo, entonces su dignidad es apenas inferior en un grado a la del Eterno.

Amad entonces con un amor únicamente inferior al que debéis tener por el Señor Dios vuestro, al padre y a la madre vuestros, a esta doble manifestación de Dios que el amor conyugal hace ser unidad. Amadlos, porque su dignidad y sus obras son los más semejantes a las de Dios para vosotros; son ellos, vuestros padres terrenos, creadores, y todo en vosotros los debe venerar como tales.

Y amad a vuestra prole, oh padres. Recordad que a todo deber corresponde un derecho, y que si los hijos tienen el deber de ver en vosotros la dignidad más grande después de Dios y de daros el amor más grande después del amor total que debe ser dado a Dios, vosotros tenéis el deber de ser perfectos para no empequeñecer el concepto y el amor de los hijos hacia vosotros.

Recordad que el engendrar una carne es mucho , pero que al mismo tiempo es nada. También los animales engendran una carne, y muchas veces la cuidan mejor que vosotros. Pero vosotros engendráis un ciudadano de los Cielos. De esto es de lo que os debéis preocupar. No apaguéis la luz en las almas de los hijos; no permitáis que la perla del alma de vuestros hijos tome inclinación al fango, para que esa inclinación no la lleve a sumergirse en el fango. Dad amor, amor santo a vuestros hijos y no los estúpidos cuidados por la belleza física y por la cultura humana. ¡No! ¡Es la belleza de su alma y la educación de su espíritu lo que debéis cuidar!

La vida de los padres es sacrificio, como lo es la de los sacerdotes y la de los maestros conscientes de su misión. Las tres categorías son de formadores de lo que no muere: El espíritu. Y dado que el espíritu es a la carne en proporción de 1,000 a 1, considerad a que perfección deberían llegar padres, maestros y sacerdotes para ser verdaderamente lo que deberían ser. Y digo perfección; no basta formación. Deben formar a los demás, pero para formarlos no deformes, deben modelarlos sobre un modelo perfecto. ¿Y cómo pueden pretenderlo si son imperfectos ellos mismos? ¿Y cómo pueden hacerse perfectos ellos mismos si no se modelan sobre el perfecto que es Dios? ¿Y qué cosa puede hacer capaz al hombre de modelarse con Dios? ¡El amor! ¡Siempre el amor! Sois como hierro en mina e informe. El amor es el crisol que os beneficia, os limpia, os purifica y os licúa para verterlos gota a gota a través de las venas sobrenaturales en el molde de Dios. Sólo entonces seréis los formadores de los demás: cuando os hayáis formado en la perfección de Dios.

Muchas veces los hijos representan el fracaso espiritual de los padres. Se ve a través de los hijos lo que valían los padres. Es cierto también que a veces de padres santos nacen hijos perversos, pero es la excepción. Generalmente uno de los padres, al menos, no es santo, y dado que es más fácil copiar el mal que el bien, el hijo copia al menos bueno. También es cierto que a veces de padres perversos nace un hijo santo. Pero también es difícil que ambos padres sean depravados; por ley de compensación, el más bueno de los dos es bueno doblemente y con oraciones, lágrimas y palabras lleva a cabo la obra de los dos, formando el hijo para el Cielo.

De cualquier modo, oh hijos, que sean vuestros padres, Yo os digo: No juzguéis, amad solamente, perdonad solamente, obedeced solamente, excepto en las cosas que son contrarias a mi Ley. Para vosotros el mérito de la obediencia, del amor y del perdón; el perdón de vosotros, hijos, que acelera el perdón de Dios a los padres, y tanto más lo acelera por cuanto más completo es vuestro perdón. Para los padres la responsabilidad y el justo juicio -sea en relación a vosotros o en relación a Dios- de Dios, único juez...”

+ + +

Noviembre 28, 1943

Dice Jesús:

“... Adoración y silencio fueron las características de José santo; respeto venerante por la Bienaventurada, de la cual, él era el natural protector; y amor.

El primer amor casto de cónyuge, el amor como debía ser el de los hombres según el pensamiento del Creador: amor sin aguijón de sentido y sin fango de malicia. Un amor natural y angelical a la vez porque en el alma de Adán y de sus hijos, según el pensamiento creador, debía existir la pureza angelical del espíritu mezclada con la ternura humana, y como flor que brota sin pecado del tallo que lo lleva, así debía, sin gusano de lujuria, surgir el amor entre los esposos y dar hijos a los tálamos castos.

Ser castos no quiere decir prohibirse el matrimonio; quiere decir cumplirlo pensando en dios, y así como Dios creó sin poner pensamiento de malicia al hombre y a la mujer y no puso en su pupila malicia de carne para develar a los inocentes la carne, así los esposos deben hacer del matrimonio una santa creación alegrada de cunas, pero no enlodada por lujuria.

El cónyuge honesto y santamente amoroso trata de asemejarse al otro cónyuge, porque quien ama tiende a asemejarse a la criatura amada, por lo que el matrimonio bien entendido es elevación recíproca, ya que no hay alguien completamente pérfido y basta mejorar cada uno en algo, tomando como ejemplo lo bueno del otro, para subir en mutua competencia por la escalera de la santidad. Como planta que hecha una rama más alta que la precedente y sube, sube hacia lo azul, así es la santidad conyugal e individual: hoy es una virtud, mañana de esta virtud brota otra, cada vez más alta, y desde las virtudes humanas de sobrellevarse recíprocamente se sube a las cimas de la heroicidad sobrenatural.

José, esposo santo y casto de la santa y Casta, como niño junto a la maestra aprendía día a día la ciencia de ser semejantes a Dios y como en su corazón de justo nada era obstáculo a la gracia, día a día se asemejaba a su amada Maestra, asemejándose así a Dios, del cual María era la más perfecta copia...”

+ + +

Enero 11, 1944

Dice María:

“... Era anhelo de mi espíritu permanecer virgen en el Templo para toda la vida, alabando al Señor y orando para que el Emanuel fuera concedido a aquellos que desde hacía tantos siglos esperaban su venida de gracia... Entonces el Espíritu me dijo, con su luminosa voz de amor, que el querer sacerdotal de que me casara, era confirmación del Querer de Dios y no era retroceso a los ojos de Dios sino avance en los grados del espíritu, porque siendo Voluntad del Señor, con sólo acogerla con pronta obediencia me habría valido bendiciones y méritos y una unión más intensa con mi santo Señor Dios.

Entonces con alegre obediencia dije a Dios a través de su sacerdote: “Heme aquí, oh Señor, para hacer tu voluntad y no la mía”. Las palabras de mi Hijo florecieron años antes en los labios y en el corazón de su Mamá.

Pedí solamente, a cambio de mi obediencia, que Dios concediera a su sierva un esposo tal que no fuera para mi virginidad, consagrada al Señor, violencia que turba o burla que se mofa, sino compañero respetuoso y santo a quien el temor y el amor de Dios fuera luz en su corazón para comprender el alma de su esposa. No pedí más. Belleza, juventud, posición social, patrimonio... fueron para mí cosas tan sin importancia que no merecieron ni un fugaz pensamiento. Pedí sólo la “santidad” de mi esposo futuro. Y de nada más me ocupé.

Condiciones primarias, y muy omitidas en vuestros matrimonios de ahora, son éstas de dirigiros a Dios pidiendo de sus manos el compañero conforme a vuestro carácter y a vuestra posición, y sobre todo el compañero “justo a sus ojos”. A Dios nada le pedís en esa hora decisiva de la vida de la mujer y no os fijáis ni en vuestro espíritu ni en el espíritu del compañero. Os basta que sea bien parecido, rico, joven, influyente en el mundo. Todo lo demás no tiene peso en el momento de escoger. Pero desgraciadamente todo el peso se adquiere después de la boda, y muchos matrimonios son una desilusión que se limita a ser tal únicamente si la esposa es mujer de cristianos sentimientos, pues si en ella faltan aún éstos, el matrimonio se convierte en un desastre del que son víctimas expiatorias los inocentes, y muchas veces terminan en un doble adulterio. Ponéis vuestra alma en peligro y muchas veces la conducís a la muerte por tener en vista sólo fines humanos en el Matrimonio y no dirigiros al Padre de los Cielos en esa hora solemne.

Cuando vi a José por primera vez, toda natural ansia mía cayó, como nube que se resuelve en arcoiris. Me bastó ver sus ojos para leer en ellos que era honesto, un fiel, un puro, un justo. Su edad, doble de la mía, le había dejado la mirada límpida de un niño, porque el mal se había alborotado en torno a él, viviente en el mundo, pero no había podido penetrar en su corazón saturado de amor a Dios.

¡Con cuánta confianza puse mi mano en la suya sintiendo haber encontrado en él a un padre de amor, a un esposo fiel, a un compañero casto, que habría sido como el olivo y la higuera que dan sombra a la pequeña casa y la defienden de los vientos y los calores, dando alivio y consuelo de dulzura y alimento!

¡Dulce esposo mío que jamás me desilusionó! Que, porque realmente me amaba, creyó en mí aún contra las apariencias; que me ocultó su llanto para no turbarme; que no tuvo para mí más que sonrisas y ayudas; que me guió como su primera hija adoptiva, teniéndome por mano para hacerme sentir que estaba junto a mí con su amor, apartándome los obstáculos, previniendo mis necesidades, paciente, silencioso y casto, casto como sólo un ángel puede serlo.

¡Oh sí! ¡Sea bendito el Señor por esto! Yo, a quien el Eterno había destinado a ser Reina de sus ángeles, tuve desde la tierra dos ángeles por súbditos: mi ángel custodio cuya invisible presencia sentía aletear junto a mí continuamente con rayos de luz y

perfume celestial, y mi angélico consorte cuya carne, no ofuscada por deseo de sentido, vivía junto a la mía como la de dos lirios brotados en un único jardín que se perfumaban mutuamente y florecen para el Señor, ejemplo uno para el otro para subir más alto, hacia Dios, para perfumar más fuerte por amor de Dios y del compañero, pero que no unen sus corolas florecidas en un beso que ensucia de polen la seda angelical de su vestidura de pureza.

¡Santo y bendito José mío! Por habérmelo dado por esposo no cesa mi corazón de agradecer a su Señor de que a su sierva proveyó como Padre Santo y de que para mi virginidad salida del Templo creó esta defensa viva, por lo que el aliento del mundo se quebrantaba contra José sin que ruido o hedor de inmundicia humana penetrara donde la Eterna Virgen continuaba alabando al Señor como si estuviera al servicio del altar, más allá del Santo de los santos, allá donde resplandece la gloria del Eterno Dios.”

+ + +

Febrero 26, 1944

Dice Jesús:

...Y, ¡oh hipócritas! Con tal de satisfacer las exigencias y los caprichos del epicureísmo familiar y la vanidad social y femenina decís: “¿Y qué de malo hay en cortejar un poco a aquella señora, y en ella buscar que la cortejen? Es quitar un poco la monotonía de la vida. Luego volvemos a ser simples amigos como antes. Cosas sin consecuencias... no hay que ser puritanos...”

¡Sois unos adúlteros, oh hipócritas! Y muchas veces lo sois aún ante la mirada de vuestros hijos, que parece que no ven, pero ven todo, y los escandalizáis y los obligáis a juzgaros.

Decís: “¿Qué de malo hay en emanciparse de los padres o del marido, ser independientes y hacer la vida como más nos agrada? ¿Qué de malo hay en hacer del matrimonio un medio para tener una enfermera o una sirvienta en la mujer, o uno que trabaja, en el marido, para nuestras necesidades y caprichos, pero no una misión de procreación y de educación? Los hijos..., es mejor que no vengan, o que vengan poco numerosos..., son problemas, son gastos, son causa de rencores entre ciertos parientes y aún entre los hijos que los han precedido; ni un hijo más después de uno o dos, que no se sabe ni como, pero quisieron nacer..., y una vez que han nacido, nada de preocuparse por ellos: Guarderías, nanas, niñeras, institutrices, sirvientas, escuelas...” ¡Así decís!

Pero, ¡sois asesinos, oh hipócritas! Suprimís las vidas o las almas. Porque, sabedlo, por cuanto una escuela sea buena o por cuanto perfecta sea una institutriz, nunca es la mamá, el padre, la familia. Aquellos hijos que han sido de todos excepto de vosotros, ¿cómo os pueden amar con ese amor grande que continúa estando unido a vuestro interior si no tiene raíces en vosotros? ¿Cómo pueden esos hijos comprenderos si vosotros sois para ellos unos extraños y viceversa? ¿Qué sociedad provendrá de los pueblos en los cuales la primera forma de la sociedad: la familia, es cosa árida, muerta y destrozada? ¿Si es una anarquía en la que cada uno piensa en sí mismo..., si es que no piensa en dañar a los demás?

Y esas monedas que ahorráis negando a un hijo nacer, ¿qué cosa creéis que será en vuestras carteras? Polilla que corroe y destruye la sustancia, porque lo que no gastáis en un hijo, lo gastáis aumentando tres veces en diversiones y lujos inútiles y nocivos. Y, ¿para qué os casáis entonces si no queréis tener hijos? ¿A qué cosa reducís el tálamo? El respeto por mi portavoz me hace callar la respuesta..., ¡Dáosla vosotros mismos, o indignos...!”

+ + +

Marzo 22, 1944

Dice Jesús:

“Las familias que no son familias y que son origen de graves desgracias que desde el interior de la célula familiar se irradian para arruinar la armonía nacional, y de ésta, la paz mundial, son las familias en las cuales no domina Dios sino dominan el instinto y el interés, y por esto domina la filiación de Satanás. Formadas sobre bases de instinto y de interés, no se elevan hacia lo que es santo, sino que, como hierbas malas nacidas en el fango, se arrastran siempre hacia la tierra.

Dice el ángel a Tobías* : “Te enseñaré quienes son aquellos sobre los cuales tiene poder el demonio.”

¡Oh, que en verdad hay cónyuges que desde la primera hora de su matrimonio están bajo el poder demoniaco! ¡Y los hay, es más, que lo están desde antes de ser cónyuges! Pues lo están desde el momento en que toman la decisión de crearse una compañera o compañero, pero no lo hacen con una recta finalidad, sino con mezquinos cálculos, en los que el egoísmo y la sensualidad imperan soberanos.

Nada más sano y más santo que dos que se aman honestamente y se unen para perpetuar la raza humana y dar almas al Cielo.

La dignidad del hombre y de la mujer que llegan a padres es la segunda después de la de Dios. Ni siquiera la dignidad real es semejante a ella; porque el rey, aún el más sabio, no hace más que administrar a sus súbditos; en cambio, los padres atraen sobre ellos mismos la mirada de Dios y raptan a aquella mirada una nueva alma que encierran en el envoltorio de la carne nacida de ellos. Casi se podría decir que tienen como súbdito a Dios en aquel momento, porque Dios, a su recto amor, que se une para dar a la tierra y al Cielo un nuevo ciudadano, responde creando inmediatamente una nueva alma.

¡Si pensarais en esto, si pensarais en este vuestro poder al cual Dios inmediatamente se une...! Los ángeles no pueden tanto; es más, ellos, igual que Dios, están también dispuestos a adherirse al acto de los esposos fecundos y convertirse en custodios de la nueva criatura. Pero muchos son los que, como dice Rafael, abrazan el estado conyugal de tal manera, que echan a Dios de ellos y de su mente, y se abandonan a la lujuria, y sobre éstos tiene poder el demonio.

¿Qué diferencia hay entre el lecho del pecado y el lecho de dos cónyuges que no se rehusan al gozo, pero sí a la prole? ¡La diferencia es muy poca! Porque, si por enfermedad o imperfecciones es aconsejable o concedido no tener hijos, entonces se necesita saber ser continente y prohibirse aquellas satisfacciones estériles que no son otra cosa que satisfacción del instinto. Pero si en cambio ningún motivo se interpone a la procreación, ¿por qué hacéis de una ley natural y sobrenatural un acto inmoral privándolo de su finalidad?

Cuando algún motivo honesto os aconseje no aumentar la prole, sabed vivir como esposos castos y no como simios lujuriosos. ¿Cómo queréis que el ángel de Dios vele vuestra casa cuando hacéis de ella una cueva de pecado? ¿Cómo queréis que Dios os proteja cuando lo obligáis a voltear indignado la mirada de vuestro nido-estiércol?

¡Oh, miserables las familias que se forman sin preparación sobrenatural, las familias en las cuales ha sido suprimida a priori toda búsqueda de Verdad y donde hasta se desprecia la palabra de la Verdad que enseña qué cosa y para qué es el matrimonio!

* Para esta y las demás citas del presente dictado, referirse a los cap. 4, 6 y 8 del libro de Tobías.

¡Miseras las familias que se forman sin ningún pensamiento hacia lo alto, sino sólo bajo el acicate de un apetito sensual y de un motivo financiero!

¡Cuántos cónyuges que después de la inevitable costumbre de la ceremonia religiosa - y costumbre digo y lo repito, porque para la inmensa mayoría no es más que costumbre y no una aspiración del alma de tener a Dios consigo en tal momento- no tiene ya ni un pensamiento para Dios y hacen del Sacramento, que no termina con la ceremonia religiosa, sino que se inicia entonces y dura por cuanto dura la vida de los cónyuges... según mi pensamiento -así como la profesión monacal no dura cuanto dura la ceremonia religiosa, sino que dura por cuanto dura la vida- y hacen del Sacramento un festín, y del festín un desfogue de bestialidad!

El ángel enseña a Tobías que haciendo preceder con la oración el acto, el acto se hace santo y bendito y fecundo de alegría verdadera y prole.

Esto es lo que se necesita hacer: ir al matrimonio movidos por el deseo de prole, puesto que ésta es la finalidad de la unión humana, -y por eso cualquier otra finalidad es culpa que deshonra al hombre como ser racional y arruina su espíritu, templo de Dios, quien huye indignado- y tener presente a Dios en toda hora.

Dios no es un carcelero opresivo, no, Dios es un Padre bueno que se alegra de las honestas alegrías de sus hijos y que a sus santos abrazos responde con bendiciones celestiales y con su aprobación, cuya prueba es la creación de una nueva alma.

¡Pero estas páginas..., ¿quién las comprenderá? Cómo si hubiera hablado la lengua de un planeta desconocido. Vosotros las leeréis sin sentir el sabor santo, os parecerá paja trillada, pero es doctrina celestial. Os reiréis vosotros, los doctos de ahora, pero no sabéis que sobre vuestra necedad ríe Satanás, quien gracias a vuestra incontinencia y a vuestra bestialidad, ha logrado cambiaros en condena lo que Dios había creado para vuestro bien: El matrimonio como unión humana y como Sacramento.

Os repito, para que las recordéis y os reguléis con ellas, -si es que aún lo podéis hacer por algún resto de dignidad humana que sobreviva en vosotros- las palabras de Tobías a su mujer: “Nosotros somos hijos de santos y no podemos unirnos como los gentiles que no conocen a Dios.” Estas palabras sean vuestra norma. Porque si habéis nacido donde la santidad estaba ya muerta, el bautismo ha hecho de vosotros hijos de Dios, hijos del Santo de los santos, y por eso podéis decir que sois hijos de santos, del Santo, y regularos sobre esto. Tendréis entonces una descendencia en la cual se bendecirá el nombre del Señor y que vivirá en su Ley. Y cuando los hijos viven en la Ley divina, gozan los padres, porque ella enseña virtud, respeto, amor, y los primeros en disfrutar y gozar de esto, después de Dios, son los afortunados padres, aquellos cónyuges santos que supieron hacer de su matrimonio un rito perpetuo, y no un oprobioso vicio.”

+ + +

Junio 4, 1944

Dice María:

“Llamo la atención a las casadas sobre un punto: muchísimos matrimonios se convierten en separaciones por culpa de las mujeres que no poseen ese amor que es todo: bondad, amabilidad, compasión, consuelo para el marido. Sobre el hombre no pesa el sufrimiento físico que pesa sobre la mujer, pero pesan todas las preocupaciones morales. necesidad de trabajo, decisiones que tomar, responsabilidad ante los poderes constituidos y deberes para con la propia familia... ¡Oh, cuántas cosas pesan sobre el hombre! ¡Y cuánta necesidad tiene de consuelo! Pues bien: el egoísmo es tal que al esposo cansado, sin fuerzas, humillado, preocupado, la esposa le añade el peso de

inútiles y algunas veces de injustos lamentos y reproches. Y todo esto porque es egoísta. No ama.

Amar no es satisfacerse a sí mismo, ni en los sentidos ni en algo útil. Amar es dar satisfacción y contento a quien se ama, más allá de los sentidos o de la conveniencia, dando a su espíritu la ayuda de que tiene necesidad para poder tener siempre abiertas las alas en los cielos de la esperanza y de la paz...”

+ + +

Junio 21, 1944

Dice Jesús:

“Un hombre ama a una mujer. La ha visto hermosa. Le han dicho que es buena, pura y modesta y él ha sentido surgirle un afecto en el corazón, y con el afecto, la esperanza de poder tener como esposa a aquella mujer y hacer de ella la perla de su casa. Se presenta a los padres y pide a la joven. Se la conceden. Y él, con mil atenciones trata de conquistar su afecto, porque el suyo es ya amor gigante y quiere comunicárselo a su amada. Cada vez que va a verla le lleva alguna cosa que sabe que es de su gusto. Cuando está lejano de ella piensa qué cosa le puede llevar, si está lejos de su ciudad le escribe para decirle lo que con voces no puede decirle, y cuando vuelve, corre hacia ella. No le cuenta sus propios problemas, éstos los hace a un lado porque no la quiere mortificar, y para él es consuelo ver el rostro sonriente de su amada. Y así pasa el tiempo que vosotros llamáis noviazgo, y los hebreos, esponsales, pero que no siendo matrimonio consumado era en el fondo un noviazgo oficial rigurosísimo, tanto que la mujer tomaba el nombre de viuda si el esposo moría antes aún del matrimonio consumado dejándola virgen.

Luego llega el momento en el que la mujer deja la casa paterna y entra en casa del esposo para ser “una sola carne con él” según el mandamiento antiguo, y para siempre según mi nuevo mandamiento que dice: “Lo que Dios ha unido no puede ser separado por el hombre por ningún motivo”. Puesto que separar quiere decir empujar al adulterio, y el pecado de adulterio lo comete no sólo quien peca en la materia, sino quien produce las causas del pecado, poniendo a una criatura en las condiciones de pecar. Y esto debe decirse no sólo a los maridos que abandonan a sus esposas y a las mujeres que se separan de sus maridos sino también a los parientes de una y de otra parte que por alguna mala voluntad o egoísmo meten cizaña entre los cónyuges, y a aquellos mentirosos amigos de casa que con mentiras o simplemente con alimentar un malhumor, que no alimentado caería, crean entre los dos esposos fantasmas capaces de hacer insoportable la convivencia. En verdad os digo que si los esposos supieran vivir aislados en el círculo de su afecto y en el amor por la prole, el 90% de las separaciones conyugales dejaría de existir, porque los mismos motivos de incompatibilidad que son aducidos para obtener una separación entre los cónyuges están en toda convivencia: entre hijos y padres, entre parientes, entre hermanos y aún entre amigos que se han reunido, y en todos estos casos no los consideraréis tan importantes como para llegar a una separación... ¡pero el Matrimonio, que es unión indisoluble, lo rompéis con la mayor facilidad...!

Nunca deberíais ser infieles, ¡nunca! Y éste solamente podría ser, no desde mi punto de vista sino desde el vuestro, el único móvil de separación, y sólo desde el punto de vista natural, porque el sobrenatural dice: si uno de los dos ha faltado, doble deber del segundo de ser fiel para no privar a la prole del afecto y del respeto. Afecto de los padres a la prole y respeto de ésta a los padres. Y aquel o aquella que no sabiendo perdonar

aleja al culpable y queda solo, difícilmente sabrá permanecer solo y pasará, a su vez, a ilícitos amores, cuyas consecuencias repercutirán en el inmediato presente de los hijos y de su moralidad futura. Por eso Yo digo: “No es lícito al hombre, por ningún motivo, y no es lícito al cristiano separar lo que un Sacramento ha unido en Nombre de Cristo”.

+ + +

Marzo 20, 1945

Habla el Padre Santísimo:

...En el libro de la Sabiduría se lee, dicho para los Cananeos: “Los antiguos habitantes de tu tierra santa, Tú los tenías como horror, porque eran detestables ante Ti sus obras que hacían con hechicerías y sacrificios impíos; asesinaban sin piedad a sus hijos, comían las vísceras de los hombres y bebían la sangre en medio de tu sagrada tierra. Aquellos padres-verdugos de almas indefensas, Tú los quisiste destruir.” (Sa. 12³⁻⁷).

¿No os reconocéis, oh generaciones de hombres de ahora en estos vuestros antecesores? ¡Yo os reconozco! Aumentados en malicia están, esa malicia se ha vuelto más satánica, pero os hace siempre de esta raza que a Mí es detestable. El satanismo se ha difundido volviéndose casi la religión de los estados. Grandes y humildes, cultos e ignorantes y hasta en las casas de los ministros de Dios, se quiere y se cree saber a través de la magia y la hechicería, las que tienen el sello de Satanás.

¿No hacéis los sacrificios de los Cananeos? ¡Peores hacéis! Inmolais no las carnes sino vuestras almas y de vuestros similares, atropellando el derecho de Dios y la libertad del hombre, porque habéis llegado al punto de violentar con la burla o con las órdenes, las conciencias que aún saben permanecer fieles y las quitáis del trono de su fe que las eleva hacia Mí, corrompiéndolas con doctrinas malditas, o bien las asesináis creyendo con esto despojarlos de su fe. No, más bien las vestís con fe incorruptible, pero vosotros sed malditos por la corrupción que sembráis.

¿Y no os reconocéis vosotros, generación de padres que sin piedad asesináis moralmente a vuestros hijos, comunicando a ellos, inocentes, vuestra incredulidad, vuestra sensualidad, todo el conjunto del racionalismo y de la bestialidad que os llena, y que ahora, sí, ahora, además, estos hijos, no sujetos más por ninguna columna espiritual, ustedes terminan de asesinar en lo que les queda: En la carne, permitiendo que como bestias de lujuria, de esa carne hagan mercado, consintiendo felices por este mercado que os permite gozar con el sacrificio de los hijos? No exagera, no, la Sabiduría al deciros verdugos de almas indefensas, tenéis más cuidado de la bestia que alimentáis para venderla y de la planta que cultiváis para tener de ella el fruto, que el que tenéis hacia vuestros hijos. Ellos son débiles y vosotros no los fortificáis dándoles la religión de Dios, ni siquiera aquella de la honestidad cívica y del amor familiar.

Padres, no soís más los tutores de los menores de edad. Madres, soís ídolos y no ángeles para vuestras criaturas. Faltáis a la finalidad para la cual Yo os he puesto. Abdicáis a vuestros deberes y a vuestros derechos. ¡Me dáis horror! Sois de los ídolos idólatras: Ídolos porque estáis sin espíritu. Idólatras porque adoráis lo que todo es, menos espíritu: Habéis adorado al hombre, habéis permitido que se llegase al culto del cuerpo, que se volviese al culto del cuerpo como los paganos encontrados por Cristo, o neopaganos, dos veces culpables de paganismo: Por serlo, y por serlo después de haber tenido la verdadera religión.

+ + +

Tomado de la obra: "EL HOMBRE-DIOS."

Enero 26, 1944
(después de una visión de la sagrada familia)

Dice Jesús:

"Las cosas que ves te dan a ti y a los demás una lección. Es de humildad, resignación y buena armonía, propuesta como ejemplo a todas las familias cristianas, sobre todo a las familias cristianas en este particular y doloroso momento.

Viste una pobre casa. y lo que es doloroso, una casa pobre en un país extraño.

Muchos, tan sólo porque son de los "fieles más o menos buenos", oran y me reciben en la Eucaristía, oran y participan en la Comunión por "sus" necesidades, no por las del alma y para la gloria de Dios -porque es muy raro quien al orar no sea un egoísta-, pretenden tener una vida material fácil, defendida contra la menor aflicción, próspera y feliz.

José y María me tenían a Mí, Dios verdadero, por Hijo suyo, y con todo no tuvieron ni siquiera el bien de ser pobres en su patria, en el lugar donde eran conocidos, donde por lo menos tenían su casita y donde no existía la preocupación de buscar alojamiento, y por ser conocidos era fácil encontrar trabajo y proveerse de lo necesario para la vida. Son dos prófugos precisamente por tenerme a Mí. Clima diverso, país diferente y muy triste en comparación con las dulces campiñas de la Galilea, lengua diferente, costumbres raras, en medio de una gente que no los conoce y que no deja de desconfiar de los prófugos y de los desconocidos.

Privados de los muebles cómodos y queridos de su casita, de tantas cosas pequeñas y necesarias que tenían allá y que allá no parecían tan necesarias, mientras que acá, donde no tienen nada, parecen hasta bellas, como lo superfluo que hace deliciosas las casa de los ricos. Con la nostalgia de la patria y del hogar, con el pensamiento de las cosas dejadas allá, del huertecillo que tal vez ahora nadie cuida, de la vid y de la higuera y de otras plantas necesarias. con la necesidad de proveer para el sustento diario, para los vestidos, para la leña, para Mí, que era niño y que no podía comer de lo que los adultos comen. Y con tantas penas en el corazón por la nostalgia, por la incógnita del mañana, por la desconfianza de la gente que es reacia, sobre todo en los primeros días, a dar trabajo a dos desconocidos.

Y sin embargo lo viste: en aquella casa había serenidad, sonrisa, concordia y de común acuerdo se trataba de hacerla más bella, aún el pobre huertecillo, para que todo fuese lo más semejante posible a la que dejaron y más cómoda. no hay más que un solo pensamiento: el que esa tierra me fuese menos dura, menos miserable para Mí, Hijo de Dios. Era amor de creyentes y de padres que se manifestaba en mil modos: tenían una cabra que compraron con muchas horas de trabajo, me habían hecho mis pequeños juguetes con las sobras de madera, me llevaban fruta sólo para Mí, sin que ellos la probaran... ¡Amado padre mío de la tierra, cuánto te amó Dios, Dios Padre que está en los Cielos y Dios Hijo que había venido a la tierra como Salvador!

En esa casa no hubo nerviosismos, altercados, caras fruncidas. Nunca el reproche mutuo, y mucho menos se reprochó algo a Dios porque no los colmaba con bienestar material. José no hecha en cara a María que sea la causa de su molestia, y María no hecha en cara a José el no poder proporcionarle mayores comodidades. Se amaban santamente, ésta es toda la razón. Y por eso su preocupación no era su propio bienestar, sino el del cónyuge. El verdadero amor no conoce egoísmo. Y el verdadero amor siempre es casto, aunque no sea perfecto en la castidad, como el de aquellos dos

esposos vírgenes. La castidad unida a la caridad trae consigo un cortejo de otras virtudes y hace de dos que se aman castamente, dos perfectos y santos cónyuges.

El amor de mi Madre y de José era perfecto, por esto era fermento para todas las demás virtudes, sobre todo para la caridad para con Dios, bendecido a cada momento pese a que su santa Voluntad fuera dolorosa a la carne y al corazón, bendecido porque sobre la carne y el corazón estaba más vivo y era Señor, en estos dos santos, el espíritu, y éste ensalzaba con agradecimiento al Señor por haberlos elegido para custodios de su Eterno Hijo .

En aquella casa se oraba. Muy poco se ora en los hogares de ahora. Se levanta el sol y viene la noche, empezáis los trabajos, os sentáis a la mesa sin un pensamiento hacia el Señor que os ha permitido ver un nuevo día, que os ha permitido poder llegar a una nueva noche, que ha bendecido vuestras fatigas y os ha concedido que se convirtieran en medios para adquirir esa cómoda, ese fuego, esos vestidos, ese techo, que son necesarios para vuestra humanidad. siempre es bueno lo que viene de Dios bueno. aunque poco y pobre, el amor le da sabor y sustancia, el amor que os hace ver en el Eterno Creador al Padre que os ama.

En esa casa había sobriedad. La hubiera habido aún cuando no hubiese faltado el dinero. Se come para vivir, no se come para dar placer al paladar con voracidad de glotones y caprichos de golosos que se sacian hasta no poder más y desperdician dinero en alimentos costosos sin un pensamiento para aquellos que apenas si tienen algo que comer, o bien que no tienen nada, sin reflexionar de que si ellos tuviesen moderación, muchos podrían ser ayudados en su hambre.

En aquella casa se amaba el trabajo. Hubiera sido amado aún si hubiese habido dinero en abundancia, porque con el trabajo el hombre obedece la orden de Dios y se ve libre del vicio que como hiedra tenaz se pega y ahoga a los ociosos, semejantes a inmóviles peñascos. La comida es sabrosa, el descanso es sereno y el corazón está contento cuando se ha trabajado en conciencia y se goza de un poco de descanso entre un trabajo y el otro. No arraiga, ni en la casa ni en la mente de quien ama el trabajo, el vicio del ocio con sus múltiples garras. Y al no arraigar éste, prospera el amor, la estima, el respeto recíproco y crecen en una atmósfera pura los tiernos vástagos, que se convierten así en semillas de futuras familias santas.

En aquella casa reinaba la humildad. ¡Cuántas lecciones de humildad para vosotros, soberbios! María habría podido tener, humanamente, miles y miles de razones para ensoberbeserse y hacerse venerar por su esposo. Muchas de las mujeres lo hacen tan solo por ser un poco más cultas o más nobles por su nacimiento, o más ricas que el marido. María es esposa y madre de Dios y sin embargo sirve, no se hace servir por el esposo y es toda amor hacia él. José es el jefe de la casa, juzgado por Dios tan digno de ser cabeza de familia que recibió de El, en custodia, al Verbo Encarnado y a la esposa de Eterno Espíritu, y sin embargo es solícito en socorrer a María en sus fatigas y trabajos, y él hace los más humildes quehaceres de casa para que María no se fatigue, y no sólo esto, sino como puede y por cuanto puede se industria para hacerle más cómoda la casa y alegre el huertecillo con flores.

En aquella casa se respetó el orden. El orden sobrenatural, moral y material. Dios es la cabeza suprema y a El se le da culto y amor: orden sobrenatural. José es la cabeza de la familia y a él se le da afecto, respeto y obediencia: orden moral. La casa es un don de Dios así como los vestidos y los muebles. En todas las cosas está la providencia de Dios, del Dios que provee de lana a las ovejas, de plumaje a los pájaros, de hierba a los prados, de pasto a los animales, de semillas y follajes a las aves, y que teje el vestido de los lirios del campo. La casa, los vestidos, los muebles, se deben recibir con gratitud, bendiciendo la mano divina que los da y tratándolos con respeto como un don del Señor,

sin mirarlos con mal humor por pobres, sin maltratarlos, abusando de la providencia: orden material.

No pudiste comprender las palabras que se dijeron en dialecto nazareno ni las palabras de la oración. Pero lo que viste es una gran lección. Medítadlo vosotros que ahora sufrís mucho por haber faltado en muchas cosas hacia Dios, y entre éstas también en aquellas que no faltaron jamás los santos esposos que me fueron madre y padre.”

+ + +

Marzo 21, 1944

Dice Jesús:

...”¡Cuánto deberían aprender las familias de esta perfección de esposos que se amaron como ningún otro se amó!

José era la cabeza. Indiscutida e indiscutible su autoridad familiar ante la cual se inclinaba reverente la de la Esposa y Madre de Dios y se sujetaba el Hijo de Dios. Todo lo que José decidía hacer estaba bien hecho, sin discusiones, sin enojos, sin resistencias. Su palabra era nuestra pequeña ley. Y con todo esto ¡cuánta humildad en él! Jamás un abuso de poder, jamás un querer contra razón sólo porque era la cabeza. La esposa era su suave y dulce consejera. Y si Ella en su humildad profunda se consideraba la sierva del esposo, el esposo sacaba, de su sabiduría de Llena de Gracia, luz como guía para todos los eventos.

Y Yo crecí como una flor protegida por dos árboles robustos, entre estos dos amores que se entrelazaban sobre Mí para protegerme y amarme. No, mientras que la edad me hizo ignorar al mundo, Yo no añoraba el Paraíso. Dios Padre y el Divino Espíritu no estaban ausentes porque María estaba llena de Ellos, y los ángeles moraban ahí porque nada los alejaba de esa casa. Y uno, podría decir, había tomado carne y era José, alma angelical liberada del peso de la carne y sólo ocupado en servir a Dios y a su causa y amarlo como lo aman los serafines...

También hago notar a los papás cómo sin ayuda de erudición pedagógica José supo hacer de Mí un buen trabajador. Apenas llegué a la edad en la que pude manejar las herramientas, sin dejarme apoltronar en el ocio, me dirigió al trabajo, y de mi amor por María hizo el auxilio primero para estimularme en el trabajo: hacer los objetos útiles a la mamá. Y así inculcaba el debido respeto hacia la mamá que todo hijo debe tener, y sobre esta respetuosa y amorosa palanca se apoyaba la enseñanza del futuro carpintero.

¿Dónde están ahora las familias en las que a los pequeños se les haga amar el trabajo como medio de hacer algo para agradar a los padres? Ahora los hijos son los déspotas de la casa. Crecen duros, indiferentes, groseros hacia los papás. Los tienen por sus criados y sus esclavos, no los aman y son poco amados por ellos. Porque mientras hacéis de los hijos unos iracundos y caprichosos prepotentes, os separáis de ellos con un ausentismo vergonzoso.

¡Vuestros hijos son de todos, excepto de vosotros, oh padres del siglo veinte! Son de la nana, de la institutriz, del colegio, si sois ricos, son de los compañeros, de la calle, de las escuelas, si pobres. Pero no vuestros. Vosotras mamás, los engendráis y basta. Vosotros padres, hacéis lo mismo. Pero un hijo no es sólo carne; es mente, es corazón, es espíritu. Tened en cuenta que nadie más que un padre y una madre tienen el deber y el derecho de formar esta mente, este corazón, este espíritu.

La familia existe y debe existir. No hay teoría o progreso que valga para destruir esta verdad sin acarrear la ruina. De un hogar desunido no pueden salir sino futuros hombres y futuras mujeres cada vez más perversos y causa de mayores ruinas. Y en verdad os

digo que sería mejor que no hubiese más matrimonios y prole sobre la tierra, que el que haya familias menos unidas de lo que son las tribus de monos, familias que no son escuela de virtud, de trabajo, de amor, de religión, sino que son un caos en que cada uno vive para sí, como engranajes sin trabazón, que terminan por destrozarse. Destrozad, destrozad... Los frutos de este destrozamiento la forma más santa del vivir social los veis y los sufrís. Continúa, si así queréis, pero no os lamentéis si esta tierra se convierte cada vez más en infierno, en habitación de monstruos que devoran familias y naciones. Lo quisisteis y así se haga.”

+ + +

Agosto 27, 1944

Dice Jesús:

...”Dios Padre Creador, creó al hombre y a la mujer con una ley de amor tan perfecta cuya perfección no podéis comprender. Y os equivocáis al pensar cómo se habría engendrado la especie si el hombre no la hubiere obtenido con la enseñanza de Satanás.

Mirad las plantas de frutos y de semillas. ¿Obtienen semillas y frutos mediante fornicación, mediante una fecundación a cien apareamientos? No. De la flor macho sale el polen y guiado por un complejo de leyes meteorológicas y magnéticas va al ovario de la flor femenina. El ovario se abre y lo recibe y lo produce. No se ensucia y luego lo rechaza, como hacéis vosotros para obtener al día siguiente la misma sensación. produce, y no florece sino hasta la siguiente estación, y cuando florece es para la reproducción.

Mirad a los animales. A todos. ¿Habéis visto alguna vez al macho y a la hembra que se acercan para darse un abrazo estéril y para tener una comunicación lasciva? No. De cerca o de lejos, volando, arrastrándose, saltando o corriendo, van, cuando es la hora, al rito fecundativo, y no se sustraen a la generación deteniéndose en el goce, sino van más allá, a las consecuencias serias y santas de la prole, único fin que debería hacer que el hombre, semidiós por el origen de Gracia que le di completa, aceptase la animalidad del acto desde que descendisteis un peldaño hacia lo animal.

Vosotros no hacéis como las plantas y los animales. Habéis tenido como maestro a Satanás, lo habéis querido como tal y como tal lo queréis. Y las obras que hacéis son dignas del maestro que habéis elegido. Si hubieseis sido fieles a Dios, habríais tenido la alegría de los hijos, de un modo santo, sin dolor, sin cansaros en cópulas obscenas, indignas, que hasta las bestias desconocen, ¡las bestias que no tienen alma inteligente ni espiritual!

Si me hubierais obedecido, habríais conocido también el amor, es más, sólo obedeciéndome habríais conocido el amor y lo habríais tenido: una posesión plena y tranquila de esta emanación de Dios, que desciende de lo sobrenatural a lo inferior para que también el cuerpo se alegre santamente, estando unido al espíritu y habiendo sido creado por el mismo que le creó el espíritu.

en cambio ahora vuestro amor, ¡oh hombres!, vuestros amores ¿qué cosa son? O lujuria vestida de amor, o miedo incurable de perder el amor del cónyuge por su lujuria y la de otros.. No estáis seguros nunca de poseer el corazón del esposo o de la esposa desde que la lujuria está en el mundo. Y tembláis y lloráis y enloquecéis de celos, llegando a ser algunas veces asesinos para vengar una traición, otras veces desesperados, en ciertos casos desganaos y en otros, dementes.

He aquí lo que hiciste, ¡oh maldito Satanás!, a los hijos de Dios: a ellos, que habían sido creados inocentes, los llevaste a conocer y a concebir a través de la sinuosidad de la

lujuria, privando a Dios en su criatura amada de ser el donador generoso de los hijos según las reglas que si hubieran sido respetadas habrían mantenido en la tierra un equilibrio entre los sexos y las razas para evitar guerras entre los pueblos y desventuras entre las familias, ellos, a quienes corrompiste, habrían conocido la alegría de tener hijos sin tener dolor, la alegría de haber nacido sin miedo de morir. ¡Oh maldito, quitaste a Dios la alegría de ser Padre de todos los hombres creados!

Tú, Pequeña Voz, has visto el nacimiento del hijo de la Virgen y el nacimiento al cielo de la Virgen. Por tanto, has visto que los sin culpa desconocen la pena de dar a la vida y la pena de darse a la muerte. Si a la Madre inocentísima de dios le fue reservada la perfección de los dones celestiales, a todos los que en los primeros padres hubieran permanecido inocentes e hijos de Dios se les habría concedido engendrar sin dolores, - como era justo por haber sabido unirse y concebir sin lujuria- y el morir sin angustia”...

+ + +